

1

Abro los ojos perezosamente y bostezo.

La luz del atardecer ha teñido el cielo de naranja y rosa.

Observo la cala, "Cala Essenza", cuya agua es tan cristalina que, en mi opinión, puedes contar cada grano de arena del fondo. Me encanta esa playa, pero especialmente, el lugar del que nos hemos adueñado nosotros siete. Se accede pasando las rocas del lado derecho de la cala grande, después, hay que caminar un poco entre una senda de arbustos y árboles y finalmente llegas a una playita pequeña pero encantadora. La arena es blanca y fina y el agua, totalmente transparente y azul, te invita a darte un chapuzón quieras o no. En el centro hay un gran pedrusco desde el que todos nos tiramos.

En mi BlackBerry acaba de empezar la canción *Forever Young* y decido no quitarla. Subo un poco el volumen.

Suspiro profundamente y me estiro, ya que tengo los huesos algo entumecidos. Entonces me doy cuenta de que tengo el brazo de David encima de mi cadera.

Doy media vuelta y sonrío con ternura al ver que está dormido. Acaricio su mejilla y recorro sus facciones con el dedo índice. Él emite un pequeño gruñido, pero no se despierta.

Esto parece un sueño. Los dos estamos tumbados sobre las toallas de lirios blancos. En un principio sólo nos habíamos sentado a hablar, pero después de bañarnos en el mar y merendar nos entró sueño y nos acurrucamos sobre las toallas.

Le beso en la frente. Retiro el brazo musculoso con cautela para no despertarlo y me levanto. Me froto los ojos, dispuesta a darme un chapuzón bajo el cielo anaranjado del atardecer, ya que me encanta hacer esto.

Me quito el vestido blanco, dejando ver así mi bikini azul oscuro y lo dejo sobre una roca próxima.

Avanzo a tientas para no hacer mucho ruido. Justo cuando estoy a punto de saltar hacia la arena, la voz de David me sobresalta:

-¿No vas a despedirte de mí, princesa?

Sonrío de buena gana. No quiero admitirlo, pero me gusta ese mote.

-Mmm no sé, ¿qué me das a cambio?- Respondo divertida.

Se levanta y camina somnoliento hasta que está cerca de mí y me agarra la mano. Después, roza la palma de ésta con los labios y me mira con sus ojos verdes seductores.

-Entonces... ¿No quieres decirme adiós?

-Exacto-, artículo nerviosa antes de echar a reír.

-Pues, eso tenemos que solucionarlo.

De repente, me coge por las caderas y me carga a la espalda como si fuese un saco de patatas. Empiezo a moverme para que me suelte, dándole pequeños puñetazos en su espalda musculosa y propinándole algún que otro rodillazo en los abdominales, pero no me hace caso.

Veo que se acerca con decisión al agua y le suplico que para, aunque en el fondo sé que mis esfuerzos son en vano.

Entonces el río y mueve la cabeza de un lado a otro.

-No nono, Julietta, sabes de sobra que las cosas no funcionan así. Te dije que deberías haberte despedido de mí.

A pesar de que no puedo verle la cara, sé que está sonriendo. Me encanta su sonrisa. Me encanta su cuerpo fuerte y seguro y su pelo rubio. En definitiva, me encanta él, en todos los aspectos.

La orilla está cada vez más cerca y acabo por desistir; no queda nada por hacer, así que me limito a contar los segundos que faltan para la inmersión.

Diez, nueve, ocho, siete, seis...

Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Tomo aire y cierro los ojos.

El agua está más caliente de lo que yo esperaba. Salgo a la superficie lo más rápido que puedo y respiro profundamente. Me dirijo hacia David.

-¡Te voy a matar!-Digo entre risas dirigiéndome hacia él. Le salpico con las manos.

Justo cuando estoy a su lado me abraza por sorpresa y me besa.

-Feliz aniversario Julietta. Te quiero.

Yo le devuelvo el beso. Hoy hacemos un año.Él, es lo mejor que me ha pasado en la vida desde que mis padres se divorciaron. Cariñoso, guapo, trabajador... Todos los adjetivos que utilizo para describirle me parecen poco.

Me separo un poco de él y le susurro al oído:

-Eres la persona a la que más quiero. No sé qué haría sin ti- realizo una breve pausa- feliz aniversario. De verdad, te amo.

Allí, en mitad del atardecer y del mar, permanecemos un buen rato.

Entonces, aparece Carlo, un chico de nuestra pandilla. Es castaño, bromista, alegre; un chico que derrocha energía y el mejor amigo de David.

Desde las rocas, sin vergüenza alguna, empieza a gritarnos:

-¡Eh! ¡Romeo y Julietta! ¿Os venís a la plaza? ¡No sé si recordáis que hoy empiezan las fiestas del pueblo!

David suspira y sonríe con simpatía.

-A ver aguafiestas, voy en quince minutos y nos cambiamos, ¿vale?

Carlo asiente y esta vez se dirige a mí:

- Julietta vigila que no se me distraiga ehh- añade con picardía. Después, me guiña un ojo.

-Vale vale, en quince minutos le tienes allí-, respondo ignorando su broma.

Se despide con la mano y se va como había venido: saltando de una piedra a otra. Todos le tenemos mucho cariño.

Cuando ya se ha ido, David posa su mirada en mí y me agarra de la mano, guiándome fuera del agua, hacia donde están nuestras toallas.

-Tengo que enseñarte algo-, dice con cierto brillo en los ojos.

Una vez allí, nos sentamos. Yo estoy nerviosa, ¿qué me querrá enseñar? Además de eso, yo le he comprado por nuestro aniversario un portátil negro nuevo de última generación, el que él ha querido durante meses y para el que yo he estado ahorrando. En la esquina derecha de la tapadera he mandado grabar una D de color azul oscuro, su favorito.

Junto con el ordenador hay unos cascos de música que te aíslan de los sonidos del mundo exterior, de modo que sólo se oye lo que estás escuchando con una calidad de sonido bastante alta.

Me he gastado todo el dinero de mi hucha y le he tenido que pedir un poco a mi madre, pero David lo merece todo y más. Miro de reojo hacia mi bolsa de playa, donde está el regalo.

La canción de antes ha acabado y ahora suena *La tormenta de arena*, de Dorian.

Entonces mi novio se levanta y se dirige hacia la cesta donde hemos metido la comida. Como si fuese un truco de magia, saca de ella una caja rectangular envuelta en papel de regalo y algo que parece un sobre grande de color dorado.

-Te dije que no quería que me comprases nada David.

Ignorándome, se sienta de nuevo a mi lado y me tiende la caja rectangular:

-Toma, ábrelo-, dice flamante.

Yo obedezco resignada, sé que va a ser imposible llevarle la contraria.

Nunca he sido muy delicada al abrir regalos, así que arranco, literalmente, el envoltorio.

No me puedo creer lo que tengo ante mis ojos.

El iPhone 5.Y de 64 GB.

Dejo la caja en el suelo y me tiro a sus brazos, emocionada.

-¡Gracias! ¡Gracias, gracias, gracias! Te adoro. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Me inclino y le beso en los labios. Es un beso corto, fugaz, pero lleno de cariño.

-De nada, sabes que yo haría cualquier cosa por ti...Pero, antes de que te dé un ataque, quiero que leas esto.

Extiende la mano y me da el sobre dorado. El corazón me late muy rápido y tengo la respiración algo entrecortada. Con la mano temblorosa y los dedos tensos, despliego la solapa.

Dentro hay un sobre azul más pequeño (esto parece una de esas muñequitas rusas que abres y dentro hay otra muñeca, sólo que de tamaño más pequeño, y así sucesivamente) y un papel blanco doblado a la mitad que huele como él.

Optopor coger primero éste último. En la parte superior está escrito "Julietta" con una caligrafía pulcra y cursiva. Antes de ver qué pone, respiro profundamente y miro a David soñadora. Desdoblo la hojita y comienzo a leer:

Julietta:

Te voy a ser sincero: por ti siento algo increíble y podría redactarlo de mil maneras diferentes o gritarlo desde donde fuese. Pero ahora, frente al papel vacío, las palabras no me salen. Lo único que se escucha aquí, en las ruinas del castillo que tenemos en las afueras del pueblo, donde te escribo esta carta, es el sonido del botoncito de mi

bolígrafo. Arriba, abajo, arriba, abajo. Escribo, rectifico, borro, pienso. No quiero ser el típico novio que le escribe cartas a su pareja diciéndole “te quiero” o “nunca nos separaremos”. Yo no sé qué va a pasar mañana: no se si nos peharemos y cada uno tomará un rumbo diferente en el gran barco que es la vida. Por eso, te voy a intentar escribir lo que siento por ti, aquí y ahora, como tú me enseñaste.

Cuando era pequeño, yo solía decir que me enamoraría de una princesa como la Bella Durmiente o alguna de esas. Yo sería el príncipe que derrotaría a los dragones y mataría a la bruja, como fantasean todos los niños en su infancia. Yo sería el que despertase a la princesa con un beso, o el que consiguiese sacar la dura espada de la roca.

A medida que fui creciendo, las princesas desaparecieron de mi vida. Ariel se fue a su palacio, Blancanieves también, y la Bella Durmiente se quedó bailando allá por las nubes.

El caso es que el otro día, pensando en ti y en que se acercaba nuestro aniversario, me di cuenta de que sí he encontrado a mi princesa, ¿nunca te has planteado por qué te llamo así?

Sé que no tienes un reino, ni una madrastra pérfida que desea tu muerte, pero recuerda que me tienes ahí, a tu príncipe al lado. Recuerda que te quiero, que te quiero incluso demasiado. Recuerda que eres guapa, que tienes una mirada increíble, como tú. Que eres lista, alegre, cariñosa... Se me agotan los adjetivos para describir el efecto que causas en mí.

Recuerda que eres la persona a la que más quiero en el Universo entero, por encima de la Luna, por encima de las estrellas.

David

Cuando termino de leer tengo los ojos vidriosos y el corazón me late desenfrenadamente. Abro la boca para decir algo, algo coherente; sin embargo, de mis labios solamente sale un “Yo...” tembloroso. La carta es preciosa.

Él debe entender mi emoción, y para mi sorpresa, extiende los brazos y me abraza, como sólo lo sabe hacer él. Yo le beso en los labios y luego acerco éstos a su oído.

-Gra-gracias...- es lo único que consigo articular.

Él me abraza con más fuerza. Me siento como una idiota, totalmente. David me regala un iPhone 5, y no sólo eso, también me escribe una carta perfecta y emotiva, y yo monto una escenita y soy incapaz de articular palabra. Entonces me acuerdo del sobre azul y me aparto de mi novio en busca de él.

Lo cojo con delicadeza y miedo a la vez, como el que está a punto de abrir la caja de Pandora y no tiene ni idea de lo que le espera dentro. Cruzo las piernas como los indios y desdoble la solapa, aunque sorprendentemente ya está abierta, cosa que me extraña, y el sobre, vacío.

El chico me mira confundido, como si desconociese la procedencia de aquel sobre. Yo todavía estoy algo conmovida y no me doy cuenta del gesto.

< ¿Qué narices hace ese sobre allí? >

Mi confusión es cada vez mayor y empiezo a hacer memoria.

Ayer por la tarde, a la hora de dejar todo listo, envolví el paquete del iPhone y metí la carta en el sobre. Después- me concentro más para recordar- bajé a la cocina y merendé. Acto seguido salí al jardín y, por orden de mi madre, recogí todas las cosas que había dejado por ahí tiradas, limpié la piscina y aproveché para darme un baño en ella. Cuando terminé me sequé, subí a mi habitación, me cambié y cerré por fin el sobre, dejándolo encima de la caja del móvil y olvidándome de ello.

Claro, debió de colarse entre las miles de cosas que tengo en mi cuarto, eso tiene más sentido. Creo que esa era la respuesta, obvio el problema.

Lo que todavía yo no sé es que me he olvidado de los ruidos que oí esa tarde y a los que no les di importancia, que ese sobre no se ha colado allí por casualidad y que alguien a quién yo conozco muy bien está detrás de todo aquello.

2

-¡Carol! ¡Para, para, para!- digo nerviosa mientras intento zafarme de mi amiga, que pretende pintarme con un pintalabios.

Me levanto de la silla y empiezo a correr por la habitación, huyendo de Carolina. Ella es la típica chica extrovertida y desvergonzada, que va de dura y no quiere admitir que en fondo quiere y siente como una adolescente normal.

-Julietta Julietta, has intentado decirle a Carlo que me gusta, y eso merece una digna venganza al “estilo Carol”.

Valen y Dani nos miran divertidas y expectantes, como si fuesen los tres últimos minutos de partido y los dos equipos fuesen empatados. Paso veloz por encima de mi cama, con mi “amiga”, si es que así se puede decir, pisándome los talones cuando de repente me fijo en la foto enmarcada que está encima de mi mesita de noche. En ella salen mis padres, jóvenes y felices, conmigo en brazos recién nacida.

Son unas milésimas de segundo en las que me distraigo, pero letales. Carol me empuja, haciéndome caer al suelo de espaldas. Se sienta encima de mí y me agarra por las muñecas para inmovilizarme.

-Y, ahora, serás castigada y torturada- añade mientras me acerca el pintalabios.

Yo me resisto y me muevo, pero es inevitable. La pintura llega a mi cara y dibuja un bonito círculo color carmesí alrededor de mi boca.

-Yo... te...mato...- digo furiosa. Me había costado mucho maquillarme, y como no suelo hacerlo, este esfuerzo se multiplica por tres. Trazo una nueva estrategia de combate y hago lo posible para que no se noten mis intenciones.

-Pero si te queda genial el maquillaje de payaso, admítelo...-responde ella mirándome con desconfianza, se huele algo.

Aprovecho ese instante en el que baja la guardia para atacar. Es el momento.

-¿Qué hago? No se lo puedo decir...-me suelta ella con lágrimas en los ojos.

-Eh, tranquila, todo saldrá bien tía-respondo intentando calmarla, aunque en verdad con esas palabras de consuelo también intento darme ánimos a mí misma. Ven aquí anda.

Me acerco a ella, la abrazo y le doy un sonoro beso en la mejilla. Después, cojo un pañuelo de mi bolso y se lo ofrezco.

-Es que... por qué yo...

-Shh, todo irá bien, hazme caso-le digo, e intento sacar la mejor de mis sonrisas.

-No... esta vez no... he metido la pata hasta el fondo...

Suspira profundamente y se esfuerza por no romper a llorar. Se me agotan las ideas para animarla, así que guardo ese silencio tan especial que sólo saben guardar las amigas y seguimos caminando hacia la entrada del descampado donde se van a montar los chiringuitos, el escenario y las atracciones de las fiestas de "Cala Essenza", lugar donde hemos quedado con el resto del grupo.

-Yo no le veo la gracia chicas...-resopla Carol mientras quita las última manchas de pintalabios de su cara. Las demás reímos a carcajadas.

-Pero, reconócelo, si te queda genial el maquillaje de gatito- digo poniendo voz aguda con intención de imitar a mi amiga-. Miau miau-, bromeo.

Ella hace ademán de perseguirme y me mira con cara de asesina, pero yo hago como si no la viese. Valentina y Dani tienen que parar de caminar porque no pueden parar de reírse.

Después de que Carol me pintase una "bonita boquita de payaso", como dice ella, conseguí quitármela de encima e invertir los papeles: esta vez estaría debajo y yo le dibujaría unos preciosos bigotes de gato en la cara. Costó lo suyo pero conseguí mi objetivo y con creces.

-Si si, tú ignórame y verás- se queja.

Antes de que nos demos cuenta ya hemos llegado a la entrada de este año recinto ferial. Como de costumbre, David, Carlo y Leo todavía no han llegado.

-Luego andan diciendo que las chicas somos unas tardonas eh- dice Valen molestacuando mira la hora en el móvil-. Ya son las nueve y por aquí no está ninguno.

Las otras tres asentimos impacientes. ¿Dónde se habrán metido esta vez?

-¡Carloooo! ¿Bajas ya o qué?

-¡Os he dicho que vayáis yendo si queréis, pesados!

Leo suspira y se echa el pelo castaño, casi negro, hacia atrás. Desde que éramos pequeños hace eso. Me apoyo en la pared con los brazos cruzados y miro hacia las fotos de la pared de enfrente, me las sé de memoria: Carlo con sus dos hermanos pequeños en la playa, después en su habitación entre su padre y su madre; y por último con su abuela el día de Navidad. Todas tienen marcos de color verde pistacho y están colgadas formando un triángulo.

-¡Carlo!-digo esperando verle en breves instantes bajando por la escalera.

No hay respuesta. Leo y yo sabemos de sobra que nos ha oído pero que no quiere contestarnos. Mi amigo se apoya también contra la pared, a mi lado; los dos nos preparamos para más minutos de espera. Empezamos a hablar de kick-boxing y de windsurf, deportes que practicamos, para matar el tiempo.

Entonces aparece nuestro querido Carlo bajando las escaleras mientras se abrocha el reloj en la muñeca izquierda. No se ha dado cuenta de que lleva la bragueta sin abrochar y los otros dos reímos con disimulo.

-Hombree, ¡aleluya tío!- soltamos a la vez.

Después, continúo yo:

-¿Se puede saber qué hacías estabas haciendo para tardar tanto?

-Sois unos exagerados, tampoco he tardado tanto-se queja mientras nosotros ponemos cara de incredulidad-. Estaba buscando mi móvil, no lo encontraba.

Nos encaminamos hacia la puerta y salimos a la calle. Hace más calor de lo normal-típico en un día de julio- y ya casi es de noche. Olvidamos lo que ha pasado con Carlo, sin darnos cuenta de que nos ha mentado y en realidad no había perdido su móvil como él decía.

Minutos antes

Tiene que ser esta noche, más bien debe ser esta noche, pienso. Llevo media hora delante del espejo y David y Leo están abajo esperando a que baje. Me llaman por milésima vez, pero paso de responderles.

Me arreglo el pelo castaño varias veces de formas diferentes, pero desisto: me lo dejo como siempre, con una cresta. Estoy bastante nervioso, así que me lavo la cara y la nuca con agua fría otra vez.

Salgo rápido del baño (sin darme cuenta de que tengo la bragueta bajada), cojo mis llaves, el móvil, dinero y bajo las escaleras.

Cuando me preguntan que porqué he tardado tanto, me invento una excusa rápida.

Digo que estaba buscando mi móvil, en vez de decir que esta noche me voy a declarar.

-¡Les veo! ¡Ya vienen!

-¡Por fin!

Están a unos cincuenta metros de nosotras, los tres. Hoy poca gente va muy arreglada, ya que el primer día de las fiestas es costumbre que los chicos y chicas de entre quince y diecisiete años jueguen a “En la boca del lobo”. Este juego consiste en esconderse por el bosque en grupos de seis o siete personas con linternas y encontrarse unos a otros. El grupo que resulte vencedor tiene derecho a dos comidas gratis en los chiringuitos que elija, aunque yo creo que la gente juega porque resulta realmente excitante y divertido.

Yo nunca he participado; este es el primer año, ya que hace dos (cuando tenía quince años) llegué al pueblo en septiembre, cuando ya habían acabado las fiestas y el pasado tuve que ir a ver a mi abuela a Cerdeña y me perdí los dos primeros días.

Tengo que reconocerlo: estoy nerviosa. Por seguridad me he comprado una linterna esta mañana en un centro comercial de la ciudad, con Dani. Ella comprende mi miedo. Lo comprende todo. Es la chica más sonriente que he visto en mi vida y fue la primera amiga que hice al llegar a “Cala Essenza”. Nos llevamos genial.

Estoy sentada en la plaza, leyendo “La maldición del príncipe”, un best-seller que han sacado hace poco, cuando una mano me toca el hombro. Me doy la vuelta para ver quién es.

-Oye, ¿tú eres nueva aquí verdad?-Me pregunta una chica de pelo color castaño rojizo y ojos azules. Tiene una nariz pequeña, al igual que su boca, y pecas por las mejillas. No es muy alta, y tampoco muy atractiva, pero hay que admitir que tiene una sonrisa preciosa.

-Sí, llegué hace dos días-respondo tímidamente.

-Ah bueno, pues encantada- me dice sonriente con su voz aguda y cantarina- yo soy Dani.

-Yo soy Julietta-, respondo devolviéndole la sonrisa mientras me pongo de pie.

-¡Ala! ¡Me encanta tu nombre!-Dice maravillada.

Nos damos dos besos en las mejillas y se forma un silencio un poco incómodo entre nosotras.

De repente abre mucho los ojos, como si se le hubiese ocurrido algo, y me dice:

-¿Tienes amigos aquí?

-Pues lo verdad es que no...-respondo bajando la vista-.No se me da muy bien hacer amigos, la verdad.

-Entonces ven, que te voy a presentar a los míos. Ya verás que son majísimos-propone mientras hecha a caminar. Después, continúa con picardía-. Además, dos están solteros.

La sigo en silencio, para conocer a los que se convertirán en unos compañeros indispensables para el resto de mi vida.

El abrazo que me da David por la espalda me saca de mis pensamientos, además de darme un buen susto, cosa que hace que me sobresalte y que él ría.

-Perdón por llegar tan tarde.

-No pasa nada- respondo dándome la vuelta y mirándole a la cara.

Él sonríe y me da un beso en la frente. Yo también sonrío, hasta que los demás se quejan de que tardamos mucho y nos separamos. Me dice “te quiero” moviendo los labios y le respondo de la misma manera “yo también”.

Me junto un poco más con el resto y pienso en los siete: Carlo, Leo, David, Valen Carol, Dani, y yo. Estamos pensando un nombre para el grupo, pero a ninguno se le ocurre nada decente. Ni siquiera a Valentina, que suele ser la más original y espontánea para estas cosas.

Juntos, entramos en el gran descampado que hace de recinto ferial cada año. Miramos impresionados la gran e iluminada noria, que es nueva y se ha sustituido por varias atracciones que ya no se usaban y estaban llenas de grafitis. Al lado de ella todo parece diminuto: los chiringuitos y bares, el escenario y las demás diversiones. Me fijo en el bosque, que está al fondo a la izquierda, y suspiro.

Ninguno sabe que esos cuatro días que dura la feria cambiarán nuestras vidas para siempre.